

## La Reina de los Monstruos



Ainara Manrique Díez

### **Edición parcial y gratuita:**

**Atención:** Esta edición gratuita se encuentra bajo una Licencia Creative Commons

[Atribución-NoComercial-SinDerivadas](#)



- Puedes comprar una copia del libro en Fantasía y Aventura:

<http://www.fantasiayaventura.com>

- Blog: <http://www.ayrtha.com/velanima>

©Ainara Manrique Díez, 2013

[www.ayrtha.com](http://www.ayrtha.com)

Portada: ©Ainara Manrique Díez, 2013

Fuentes: [www.openfontlibrary.org](http://www.openfontlibrary.org)

*A la Familia*



## Índice

Capítulo 1 Hace diez años.....	1
Capítulo 2 Atravesando las olas.....	8
Capítulo 3 Ruinas.....	24
Capítulo 4 Máscaras, mentiras y hombres desnudos...	44
Capítulo 5 Aparece la bestia.....	60
Capítulo 6 Esclava.....	77
Capítulo 7 Una ciudad y otras cosas sorprendentes...	96
Capítulo 8 Noches alegres, mañanas tristes.....	123
Capítulo 9 Libre.....	145
Capítulo 10 Entre errantes.....	167
Capítulo 11 Hija de la sabiduría.....	179
Capítulo 12 Traficantes de esclavos.....	202
Capítulo 13 El regreso.....	215
Capítulo 14 El corazón de un daimión.....	240
Capítulo 15 Juntos.....	259
Capítulo 16 La reina de las bestias.....	267
Capítulo 17 En el ojo del águila.....	291
Capítulo 18 No se puede llevar nada al otro lado.....	310

Capítulo 19 Hace mil años.....	329
Capítulo 20 Daimiones.....	356
Capítulo 21 La Corona de Daia.....	370
Capítulo 22 De vuelta a casa.....	395
Capítulo 23 Un viejo conocido.....	410
Capítulo 24 Huida.....	429
Capítulo 25 El retorno de la Corona.....	448
Capítulo 26 Daia.....	480
Capítulo 27 Fin.....	483







## Capítulo 1 Hace diez años

Melia tenía sueños. A menudo la realidad le resultaba más extraña que sus misteriosas aventuras nocturnas. Se preguntaba si al resto de la gente le pasaría lo mismo, después de todo había muchos que escribían como «la vida es un sueño» y cosas así.

También era algo que le preocupaba.

En su familia todos tenían pelo negro. Ella, en cambio, tenía un peculiar tono marrón oscuro con abundantes mechones de color rojizo. No era un pelirrojo brillante como el de los anuncios de tinte. Era muy oscuro, pero indiscutiblemente rojo.

La única pelirroja anterior en su familia, según le contaron, había sido su tía abuela Dalia. La

pobre infeliz Dalia, que comenzó a padecer algún tipo de trastorno con treinta años.

Melia la conocía por un par de viejas fotos familiares, el tiempo había hecho que el blanco y negro se transformara en un marrón apagado, sucio y feo. Allí su tía abuela no era más que otra mujer de rostro serio, vestida de negro y con un recogido en la cabeza. Lo único destacable era lo mucho que la gente que la rodeaba en las imágenes parecía no querer acercarse a ella. El vacío era abrumador incluso a través de cincuenta años de viejas fotografías.

Nadie sabía muy bien qué enfermedad afectó exactamente a la pobre mujer, la llamaban «demente», era la palabra que la familia consideró más oportuna para referirse a ella. No se le llevó a un médico, solo la ocultaron del resto del mundo.

Y con cuarenta y tres años, Dalia se lanzó de cabeza al río junto a su casa y murió.

Así que Melia, la única pelirrojiza que quedaba viva en la familia, tenía extraños sueños y, a veces, encontraba la realidad desconcertante.

Le preocupaba.

La mayoría de sus sueños eran cosas intrascendentes y sin sentido, como deberían ser, pero a menudo se distorsionaban y retorcían, la

arrastraban hacia alguna parte y terminaba en algún sitio, que sabía que era un sitio en alguna parte, nada más.

Siendo muy pequeñita, llegó a un gran bosque. Era verde, verde lima y brillante. Todo en aquel bosque tenía un tamaño espectacular: hojas de los helechos podían soportar su peso cuando se subía sobre ellas, flores anchas como su cabeza y los árboles se alzaban más alto que cualquier edificio que Melia había tenido la oportunidad de ver en su corta vida.

El sol entraba a raudales entre las lejanas copas, también era grande, el astro ocupaba un gran espacio en el cielo, pero la temperatura era agradable.

Parecía joven y alegre, si los soles podían ser jóvenes y alegres, aquél lo era.

Melia creía estar en algún país de las hadas, y que ella tenía que ser una. Así salían en los dibujos de sus cuentos: plantas enormes y seres diminutos.

Paseó (y saltó, y trepó, y corrió, incluso intentó volar, aunque no pudo, lamentablemente) por allí un tiempo casi infinito. Podía haber soñado con ese lugar varias veces, o podía ser parte todo de un gran sueño. Una vez volvía al mundo real nunca

estaba segura si era una cosa u otra, pero sí sabía que estuvo allí mucho tiempo.

Encontró un arroyo, había alguien arrodillado junto al agua.

Era un chico joven (un niño como ella, en realidad, pero lo consideraba un chico joven). Estaba bebiendo de rodillas en la orilla, metiendo directamente la boca en el agua.

Melia se preguntó por qué no usaría las manos.

—Hola.

El chico levantó la cabeza.

—¿Hola?

—¿Qué haces?

—Beber.

—¿Por qué no la recoges con las manos?

El chico torció la cabeza con incomprensión. Tenía una cabeza adorable: limpia, redondeada, de mejillas brillantes y con enormes ojos castaño claro y un pelo rubio dorado enmarcándole la expresión.

A Melia le recordaba los cuadros de angelotes de su abuela, parecía derramar inocencia a su alrededor, pero cuando alguien es aún una niña

como ella, inocencia quería decir ser tonto del bote.

Se arrodilló también, hizo un cuenco con las manos y le enseñó a recoger el agua.

—¿Lo ves?—le dijo—. Así no te agachas y no te mojas la cabeza.

En vez de copiarla, el niño se puso en pie y empezó a mirarse las manos. Luego se las llevó a la espalda, como si se hubiera olvidado algo.

—¿Qué pasa?

El chico sacudió los brazos a los lados, sin contestar.

—¿Te pasa algo?

—No encuentro mis alas.

Melia se puso en pie con la boca abierta.

—¡¿Tienes alas?!

Lo sabía, era un angelote de esos. A la porra las hadas, ahora eran ángeles.

El chico seguía agitando los brazos a los lados, como si pudiera echarse a volar por mera insistencia.

—Creo que se me ha olvidado...

Parecía preocupado, pero no mucho. En realidad se comportaba como si su cabeza no estaría del todo allí.

—¿Tienes alas?—repitió Melia—, ¿eres un ángel?, ¿puedes volar de verdad?

—No, no puedo transformarme.

—¿Puedes transformarte?... ¿en qué?

—En... ¿yo?

Las cosas se tornaban raras, más de lo habitual. No le gustaba cuando sus sueños hacían eso, normalmente quería decir que era la hora de levantarse.

Sin embargo, el sitio seguía allí y el chico seguía siendo tan real como todo lo demás.

—Algún día me transformaré—continuó el niño—, y seré mayor.

—No sabía que los ángeles crecieran.

—¿Qué es un ángel?

—Umm... como unos niños con alas de pájaro detrás.

—No soy un ángel, no soy un niño.

Melia empezaba a enfadarse.

—¿Y qué eres?

—...no lo sé...

Aquel niño era realmente tonto, eso es lo que era.

Decidió marcharse, algo le decía que era hora de salir de aquel sitio. El bosque ya no era tan luminoso, el sol empezaba a desaparecer y las plantas a encoger.

Pero el chico se estaba espabilando por momentos. Al ver que se marchaba, abrió los ojos y corrió tras ella.

—Espera, ¿adónde vas?

—Voy a casa, tengo que levantarme.

Su compañero se pasó un brazo por la cabeza. Le recordó a un gato lavándose las orejas. Hasta entonces había dado la impresión de ser bastante denso o estar medio dormido, ahora le veía nervioso.

—Pero, ¿está lejos?, ¿vas a volver?

—Um...—se encogió de hombros—. No sé, igual, nunca sé bien por dónde voy.

—Ah... yo estoy aquí, hasta que crezca, puedo esperarte.

—¿Para qué vas a esperarme?

—Me aburro, estoy solo.

Se le pasó un poco en enfado y empezó a sentir pena por el pobre querubín.

—Bueno, supongo que podría intentarlo...

En ese momento, los ojos del chico brillaron, un detalle que ignoró porque inmediatamente una sombra gigantesca cubrió el bosque, trayendo frío y silencio. Melia miró hacia arriba, pero solo veía sombras.

—¿Qué...?

Y aquel mundo desapareció. Como un cofre que se cierra de golpe, con todo el bosque, el sol, los helechos, las flores y el pobre angelito dentro. Era la primera vez que un sueño salía de ella y no al revés.

Se quedó flotando en una extraña nada un tiempo, meditando sobre lo que podía haber pasado. Meditaba mucho en sueños, meditaba sobre cosas trascendentales y profundas que harían quedar como idiotas a todos los sabios que habían existido jamás.

Aunque al despertar no recordaba nada.

Del vacío salió un muñeco, era de una serie de dibujos que le gustaba, hablaba solo, por alguna razón. Luego un coche, venía a buscar al muñeco, había una reunión en alguna parte y se había olvidado su cepillo de dientes de gala, tenía que ir



a buscarlo al Tíbet o los marcianos se comerían el pastel.

Melia contempló aquel sueño como una espectadora viendo la tele. Cuando las cosas se volvían así de extrañas era la hora de levantarse, ya solo aguardaba al momento en que su madre vendría a despertarla.

## Capítulo 2 Atravesando las olas

Melia observó con cierta sorpresa el sol aún brillando en lo alto. Habitualmente todo estaba oscuro cuando salía de entrenar, pero el verano se acercaba, los días se alargaban y las clases terminarían pronto. El tiempo pasaba muy rápido.

En la calle hacía fresco y mucho viento, un contraste agradable con el bochorno y la humedad que había dentro de los vestuarios. Respiró hondo un par de veces en la puerta del polideportivo, disfrutando la sensación.

A diferencia de otras ocasiones, su equipo de baloncesto se fue dispersando con lentitud. Aquel había sido su último entrenamiento, algunas compañeras parecían incrédulas, otras tenían ganas de quedarse a hablar. Iban a eliminar a todo el equipo del barrio y el femenino era el primero

en caer. El año que viene no tendrían suficientes jugadoras para montar un equipo completo, de cualquier forma.

Muchas habían jugado allí desde pequeñas, así que se mostraban un poco afectadas.

A Melia le daba igual, sentía cierto desapego por todo aquello. En otoño empezaría la universidad y no tenía intención de seguir jugando.

Oyó el soniquete que le avisaba de un mensaje en su móvil.

—¡Uy, lo siento, chicas!, me tengo que ir, nos veremos en la cena de viernes, ¿vale?

No le gustaba ponerse mustia recordando viejas batallitas, entendía que algunas quisieran quedarse a hablar, pero ella solo sentía desinterés. Tampoco es que partirían a la guerra, se verían en el instituto, o por el barrio.

Se alejó de allí casi corriendo, cuando perdió el edificio del polideportivo de vista volvió a un paso más tranquilo. Menos mal que había sonado el móvil, no se le había ocurrido ninguna excusa para largarse sin parecer mal educada.

El viento soplaba del mar, era fuerte y un poco molesto, pero la tarde era luminosa, con aquella inexplicable alegría que tenían los primeros días

realmente cálidos de la primavera, antes que el bochorno de la siguiente estación los volvieran inaguantables. Decidió dar un rodeo y bajó unas escaleras de piedra, rumbo al puerto.

Sonrió cuando el olor del océano llegó hasta ella, adoraba el mar.

Llegó a un viejo paseo de piedra que se alzaba contra las olas, comenzó a recorrerlo con calma, disfrutando de las sensaciones que traía del puerto y el paisaje marino. Entonces recordó que, en sus prisas por marcharse, no había leído el mensaje del móvil.

La sonrisa se esfumó al ver el nombre de su novio en la pantalla. Tenía tres llamadas perdidas y dos mensajes.

Dudó dos segundos antes de apagarlo del todo y guardarlo en la bolsa de deporte, pasó de sentirse culpable a una cobarde.

Muy bien, era una cobarde, ¿y qué?

Dos gaviotas chillonas pasaron a poca distancia sobre su cabeza y Melia sintió algo de irritación hacia Marcos por estropear su plácido paseo junto al mar, aunque, en el fondo, sabía muy bien que la culpa no era de él.

Comenzó a jugar al baloncesto de pequeña porque se le daba bien. Había sido una niña

grande, fuertota, manazas y no muy lista, ni graciosa. Pero era buena con los deportes y sus padres consideraron que el baloncesto la ayudaría a ser un poco menos torpe con las manos.

Y no le fue mal, pero su interés en el mismo se basaba en el puro placer de sentirse alabada e integrada en algo, cuando las otras niñas no querían jugar con ella porque arrancaba de cuajo las cabezas de los muñecos al más mínimo intento de peinarlos... solo le quedó la pelota.

De adolescente, el juego se transformó en un asunto de costumbre y de mantenerse activa, no tenía más aficiones. Dejó de ser tan buena jugadora como fue, no porque perdiera habilidad, si no porque no tenía motivación para mejorar, mientras que las otras chicas sí mejoraron, y se hicieron más altas y fuertes, mientras que a ella el crecimiento le dio la espalda en cuanto cumplió los doce.

Había jugado toda la vida, pero no le interesaba.

Marcos había sido una de las pocas personas en su vida por las que había sentido una atracción honesta y directa, y había conseguido mantenerla interesada en su compañía más de tres meses y, aún así, pasado ese tiempo empezó a aburrirse también de él.

Esa era su situación aquella tarde, casi un año después de empezar a salir, le ignoraba activamente.

Las dos situaciones la incomodaban, veía en las dos la raíz del mismo mal. No terminaba de comprender, por muchas vueltas que le diera, por qué sentía tanta apatía por todo, por qué su vida le resultaba tan gris y anodina, ¿era una fase normal de la adolescencia o algo más inquietante?, ¿empezaría así su tía abuela antes de terminar lanzándose al río?

Apoyó los antebrazos en una de las barandillas que daban al mar, se veía oscuro y encrespado. En aquel momento, un pequeño barco amarraba a puerto a sus pies. No había más que algunas nubes vagas paseando por el cielo azul, pero el agua se sacudía alterada, como en un día de tormenta.

Decidió seguir con el paseo, dejando que sus brazos rozaran un poco la vieja barandilla oxidada al pasar. Los adoquines grises del puerto estaban secos, pero vio un minúsculo cangrejo corriendo entre dos grietas en busca del agua. Una fuerte corriente de aire le trajo olor a pescado, y frío. Empezaba a refrescar en serio, tardes como aquella solían traer impredecibles y violentas tormentas desde el mar.

Barajó dar media vuelta y volver a casa, pero allí sería más fácil que la localizara su novio o sus compañeras de equipo, de modo que prefirió aguantar la incomodidad de aquel inquieto clima costero un poco más.

Llegó hasta el extremo final del puerto, el paseo trazaba una brusca «u» a su izquierda, una pendiente por donde se bajaban las embarcaciones al agua, cerrada con una gruesa y oxidada cadena metálica, para que ni la gente ni los vehículos bajaran por accidente. La oyó chirriar un poco, probablemente meciéndose al compás del fuerte viento, pero no se volvió para mirarla.

Aquel extremo del paseo sobresalía hacia el mar. Suspiró mirando melancólicamente el horizonte, se apoyó en la barandilla y se inclinó hacia delante.

Meditó con pereza la situación con su futuro ex-novio, tenía que sincerarse con Marcos, era un buen chico, un poco pesado a veces, pero cariñoso. Había intentado aguantar con él porque le veía enamorado y creía que ella misma podría cambiar, pero no solo no cambiaba, la simple idea de hablar juntos se semejaba cada vez más a una larga y tediosa tarea para el instituto. No estaba siendo buena con él, lo sabía, lo que desconocía era cómo enfrentarse a alguien así para decir...

Una ola descomunal se estrelló contra el muro, salpicándola y sacándola de sus pensamientos. El cielo estaba cubierto completamente, nubes bajas y espesas que amenazaban con devorar la luz débil de las farolas.

¿Qué había pasado?, ¿desde cuándo estaba todo tan oscuro?, apenas había apartado la cabeza del cielo cinco minutos...

Sería mejor irse corriendo a casa, no era buena prediciendo el tiempo, pero si no se iba a desatar la tormenta del siglo como mínimo, iba a estar cerca.

Al girarse vio a un niño en la pendiente hacia mar.

—¡Oye!—le llamó.

El viento soplaba fuerte, las olas rompían con un estruendo demoledor y la gruesa cadena chirriaba. Igual no la había oído.

Comenzó a descender hacia allí, en cualquier momento podría venir otra ola gigante y comerse al niño, era peligroso.

Miró a su alrededor, no había nadie.

¿Dónde estaban sus padres?



La única protección de la bajada era la gruesa cadena, pero podía saltar por encima sin dificultad.

—¡Oye!, ¡chiquitín!

Por toda respuesta, el niño se acercó al borde.

Melia dejó caer la bolsa de deporte y corrió hacia él.

—¡Eh!, ¡aléjate de ahí!, ¡¿me oyes?!

Por un momento, le pareció que el niño iba a tirarse al agitado mar. Con el corazón latiéndole a toda velocidad consiguió sujetarle un brazo, pero el niño seguía cayendo de cualquier forma.

Entonces se encontró frente a frente con una gran ola.

Al principio solo sintió frío, un frío horrible. Su cuerpo se sacudía por el miedo y la gélida temperatura. Aún tenía sujeto al niño por el brazo, no se movía. Pataleó en el agua oscura, no veía nada, no sabía donde estaba la superficie.

El niño seguía sin dar el menor signo de vida.

Le fallaba la respiración, algo le decía que no debía tragar agua, pero no podía más. Desesperada, intentó soltar al niño, su brazo no respondía a sus órdenes.

Seguían hundiéndose.

Sintió dolor en los pulmones, sintió pinchazos en la cabeza y un fuerte pitido en los oídos. Era como si algo los estuviera empujando a las profundidades, arrastrada como un muñeco de tela atado a una roca.

Con suavidad, comenzó a hacer calor, el frío se disipaba, pero todo seguía oscuro a su alrededor. Una oscuridad cálida y familiar. Ya no necesitaba respirar.

«Estoy soñando, ¿verdad? Esto es un sueño...».

Poco después, ya no sintió nada.

Lo siguiente que pudo recordar es que le dolía un brazo. Un objeto se le estaba clavando en el codo, intentó moverse y, de golpe, se dio cuenta que estaba viva. Por alguna razón, creía que no debía estarlo, era una sensación curiosa.

A continuación se percató de que alguien discutía cerca, al principio no entendía nada de lo que decían, poco a poco las palabras se volvieron más comprensibles: «fuera», «volver», «seguro»...

Notó algo haciéndole cosquillas en los pies y el sonido suave de las olas. Fue entonces cuando se despertó por completo.

Se irguió y se dio cuenta que estaba desnuda, y rodeada de gente.

Intentó taparse torpemente con las manos.

—¡Oh, está despierta!—oyó que decía una vocecita infantil—. Áncula, dame una manta.

Miró asustada hacia la voz. Había un niño a poco más de un metro; moreno y sonriente. No podría jurarlo, pero estaba segura que era el mismo al que intentó salvar en el puerto.

Poco después, una persona le entregó una manta de lana marrón y el niño se la puso por los hombros.

—Toma, ahora hace un poco de fresco, pero en seguida entrarás en calor.

Melia iba a decir que no era el frío lo que la preocupaba, pero se le debía haber olvidado hablar.

Había muchos hombres a su alrededor, llevaban puesto lo que le parecía un vestido blanco de tirantes hasta las rodillas y un cinturón de cuero, cada uno portaba una lanza y un escudo,

algunos llevaban espadas también. Era como un pequeño ejercito romano salido de ninguna parte.

La pobre luz de las antorchas iluminaba vagamente a su alrededor. No tenía ni la menor idea de dónde estaban, se sentía desorientada. El sonido de las olas llevaba un suave eco y empezó a comprender que debían encontrarse en alguna gruta. La completa falta de visibilidad, y el retumbo constante, formaba en su confundida cabeza la impresión de que se encontraban bajo el agua del mar.

Intentando espabilarse, concentró su atención en los detalles y los diferentes rostros que alcanzaba a diferenciar, dio un pequeño grito y un brinco, que casi la puso en pie, al darse cuenta que una de las figuras no era humana. Creyó que llevaba un disfraz y un casco con cuernos, ¡pero era un monstruo!, gigantesco, con cuernos de toro, rostro plano de ojos saltones y enormes espaldas cubiertas de pelo marrón.

—Oh, Oijme, la has asustado, vete al frente y vigila que no venga nadie—ordenó el niño junto a ella.

El hocico de la criatura se contrajo y sonó como un gruñido. Su rostro no tenía demasiada expresividad, se dio media vuelta y se fue. Se

bamboleaba un poco, pero caminaba como un humano.

Melia sabía que había visto algo así en libros, pero en aquel momento estaba demasiado ocupada dándose cuenta que perdía la cordura por momentos para recordar el nombre.

—No te preocupes—continuó hablando el niño—, solo es un bauro, ¿te encuentras bien?

—Sssí...i... ¿qué...? ¿..estamos?... ¿dónde estoy?

—Estás en la Isla de Ethlan, estás bien, siento mucho el viaje, no me di cuenta que llevaba una pasajera, te devolveremos pronto a tu casa, ¿de acuerdo?

—¿Eh?

El niño sonreía con cierta simpatía y la cabeza gacha, parecía estar esperando una reacción.

Pero ella no sabía cómo reaccionar.

—Lo siento mucho—gesticuló con la boca al hablar, como si la creyera sorda—, estás en una isla, muy, muy... lejos de tu casa, viniste aquí conmigo, yo puedo separar las barreras, así que te colaste sin que me diera cuenta.

—¿A qué te refieres... con lejos?

—Es...—agitó la mano— otro mundo.

El niño, manteniendo aquella sonrisa simpática y un poco avergonzada, se movía y hablaba casi como un adulto.

—Otro... ¿como un sueño?, ¿quieres decir que estoy soñando o algo así?

El chico abrió mucho los ojos.

—Sí, eso exactamente.

—Bien—Melia asintió con la cabeza—, bien.

Sueños. Podía entender los sueños, había tenido sueños raros toda su vida. No sabía si se estaba agarrando estúpidamente a un clavo ardiendo por no perder la cabeza, pero en aquel momento planteárselo como un sueño especialmente difícil le ayudó a serenarse.

—¿Y cómo me despierto?

—Oh, eso va a ser un poco difícil, verás... no podemos usar esta puerta otra vez en un tiempo... y estamos en territorio enemigo, de todas formas... Pero te prometo que será lo primero que haré en cuanto vuelva a casa.

La sonrisa del niño se volvió más ancha. Melia no hizo más preguntas, le bastaba con aquello. Era un sueño, todo iba a estar bien, siempre despertaba...

La persona que le había dado la manta antes se acercó, primero la confundió con chico joven, pero al comenzar a hablar se dio cuenta que en realidad era una mujer.

—Tenemos que irnos, Príncipe, se hace tarde.

—¿La ropa?, no vamos a sacar a la pobre... eh... ¿tu nombre?

—Melia.

—Oh, encantado, yo soy Gerón.

La mujer hizo un gesto de cansancio y le tendió unas telas dobladas y recogidas con hilo. Al deshacerlo apareció uno de aquellos vestidos blancos.

Tapándose como buenamente podía con la manta, se puso la ropa; nadie le dio un cinturón, pero Gerón le entregó unas sandalias de cuero con la suela tan fina como el papel.

—No vamos muy cargados, es lo único que tenemos—se disculpó el niño.

—Príncipe, anochece y no podemos permanecer más en este valle, los ejércitos ánforos...

—Ya sé, ya sé...—Gerón hizo un gesto de irritación—. Deberías hablar con más respeto, Áncula, ella es una bicrona también.

—No nació aquí.

—Eso a mí no me importa.

No es que Melia entendiera del todo de qué hablaban, pero lo suficiente como para saber que discutían por ella.

La mujer era bajita, delgada e informe, hubiera parecido una adolescente desgarbada si no fuera por su rostro: objetivamente podía decirse que era joven, pero había algo viejo y cansado en su expresión. Tenía el pelo oscuro y liso, cortado de forma milimétrica a la altura de las orejas. Sus ojos eran también oscuros, grandes, pero de párpados espesos que caían con desgana sobre sus pupilas mientras éstas miraban a todo el mundo con cierto desprecio.

No puede decirse que le causara una buena impresión.

Cuando terminó de vestirse intentó entregarle la manta a ella, la miró como si la hubiera escupido. Bastante confusa se volvió al niño, pero antes de que intentara dársela a él, uno de aquellos tipos con lanza y escudo la recogió.

—¡Oh, gracias!

El hombre parpadeó sorprendido, pero no dijo nada.



—Ignora a Áncula—dijo Gerón—, a la comandante solo le gusta ella misma. Te acostumbrarás, no le queda más remedio.

El chico le dedicó a la mujer una sonrisa de oreja a oreja, ésta se limitó a hacer otro gesto de cansancio y gritar un par de palabras que no comprendió, pero seguramente querían decir algo como «ponerse en marcha», porque empezaron a andar.

Subieron por escaleras empinadas pegadas a la pared. A su espalda, consiguió distinguir el vaivén brillante de las olas donde había estado tumbada, una playa de grandes rocas; todo era oscuridad más lejos, pero oía el océano por toda la inmensa bóveda. Donde las luces de las antorchas alcanzaban a alumbrar, vio figuras y estatuas talladas en la pared de roca. Algunas eran personas, muchas eran monstruos, y casi todas estaban rotas y cubiertas de líquen.

Había algo tétrico en las estatuas, sus sombras bailaban al capricho de unas antorchas, que las deformaban ayudadas por las manchas de muchos años de humedad. Tuvo la fuerte impresión de que aquellas imponentes paredes talladas no fueron grabadas por sus creadores para esconderse allí, olvidadas en la oscuridad.

Melia luchaba por mantener el ritmo del grupo mientras seguía observando su entorno con confusión. Subían por las inclinadas escaleras a un ritmo ligero, apresurándose a salir de la caverna.

Entonces recordó que la tal Áncula había mencionado enemigos. Se preguntó si debería preocuparse, no le apetecía.

La salida surgió por sorpresa. Melia parpadeó a la luz del sol y se tapó con una mano, haciendo visera para poder ver mejor. ¿Era normal que el sol pegara tan fuerte allí?

Los soldados (suponía ya que eran soldados), se detuvieron un momento para apagar las antorchas y ponerse en orden antes de continuar.

Melia vio un plácido mar extenderse en el horizonte, con olas de espuma tan blanca que resplandecían desde muy lejos. El sol estaba muy caído en el firmamento, pero el cielo seguía siendo azul.

¿No había atardeceres en aquel sueño?

Se acordó de su novio. No iba a poder llamarle, no aquella tarde al menos, obviamente.

Tampoco podría ir el viernes era la cena con sus compañeras del equipo. La última cena antes del verano, de su última temporada en el baloncesto.

Y...

Sintió miedo, una súbita opresión en el pecho.

¿Dónde estaba?, ¿qué hacía allí? ¿Qué importaba que fuera un sueño, otro mundo u otro planeta? ¿Estaba atrapada allí?, ¿no podría ver a su familia?, ¿sus amigas?, ¿Marcos?

Intentó coger aire un par de veces y no pudo, a la tercera consiguió inspirar y reunir las suficientes fuerzas para llamar al niño.

—¡Chiquitín!... ¡Gerón!

—¿Si?, ¿te pasa algo?, estás pálida, ¿digo a los bauros que se vayan más lejos?

Melia ni siquiera se había dado cuenta que había otros dos de aquellos seres a pocos metros, pero no le importó.

—¿Cuándo...?, podré volver, ¿verdad?, ¿cuándo?

El chico puso una cara extraña, no supo interpretar qué quería decir, pero pronto volvió a su sonrisa simpática de siempre.

—No te preocupes, estás en buenas manos, no va a pasarte nada.

—Pero...

—Tardaremos dos meses, con suerte, en llegar a mi casa, allí podré ayudarte.

—¡Dos...!

—Oh, se pasarán volando, ya verás... el tiempo aquí es diferente... cuando vuelvas a Geo quizá no haya transcurrido ni un día.

Dos meses...

Las piernas le fallaron y cayó de rodillas, llorando. Si aquello era algún tipo de broma, que alguien lo parara ya. Si era un sueño, ¿por qué no venía su madre a despertarla?

Ya basta. Quería salir de allí.

Lloró y lloró, esperando que realmente todo se detuviera de golpe.

Gerón le pasaba la mano por la cabeza, intentando consolarla.

—Príncipe, está atardeciendo...

—Déjala, tiene que haberse llevado un buen susto.

—La puede llevar un bauro, este no es un sitio aceptable para detenerse.

—¿Has visto la cara que puso cuando vio a Oijme?, ¿quieres que se le pare el corazón?

—No es seguro estar aquí.

—Creía que la seguridad era asunto suyo, comandante.

Melia quiso dejar de llorar, dándose cuenta que estaba siendo una molestia importante.

—Estoy bien, estoy bien...—dijo, intentando ponerse en pie.

Aquel lugar no iba a desaparecer por las buenas, de cualquier forma. No llorando como una idiota al menos.

Aún así, le seguían temblando las piernas.

—¿Estás segura? Tienes mi permiso para ignorar a Áncula.

—... estoy bien.

Se pasó las manos por la cara, intentando hacer desaparecer las lágrimas.

Evitó mirar a la mujer. Ésta, de todos modos, se dio la vuelta y volvió a gritar para ponerse en marcha. El grupo se puso en marcha en dirección contraria a la mar, hacia un espeso bosque de un verde profundo y silencioso, lejos del ruido de las olas y las gaviotas.

Melia se abrazó y, aún luchando por controlar el llanto, siguió las miles de huellas de sandalias marcadas en el suelo de tierra.

## Capítulo 3 Ruinas

Cuando la oscuridad impedía ver más allá de dos pasos, el grupo se detuvo a pasar la noche.

Melia permaneció pegada al niño en todo momento. Los soldados encendieron una hoguera para cocinar y tiraron junto a ella un par de mantas raídas con olor a moho, también le entregaron un cuenco de madera con cierto algo que tenía carne y otro algo que parecía puré de patata, aunque no era puré de patata.

Al terminar se hizo un ovillo sobre las mantas. Aquella primera noche la pasó sin pegar ojo, dando millones de vueltas a todo en su cabeza, se agitaba nerviosa, se sentaba y miraba los rescoldos de la hoguera y los soldados que hacían guardia. Luego intentaba dormir, abría los ojos y seguía en el mismo lugar.

No entendía nada.

Al amanecer de un día sin albor, consiguió cierto descanso, cuando despertó poco después, decidió que ya era hora de dejar de preguntarse qué hacía allí y empezar a organizar su retorno a casa.

—¿Gerón?

—¿Sí?

—¿Qué hacías en el puerto?

El chico abrió los ojos muy sorprendido, no parecía esperar aquella pregunta, pero se repuso pronto.

—Oh, me gusta salir de aquí, soy el único que puede atravesar el aionios... las puertas entre un mundo y otro.

—¿Y para viajar traes un ejército?

—Yo no lo traigo, se vienen conmigo.

Su aguda voz infantil sonó un poco tensa.

—¿No podemos volver por el mismo sitio?

—No, los aionios tienen... límites, solo pueden cruzarse una vez cada determinado tiempo. Te llevaré a otro más seguro para devolverte a tu casa.



—¿Por qué solo puedes hacerlo tú?, ¿es por eso que hay tanta gente?, ¿y por qué corremos peligro?...

El niño empezó a reírse.

—Ah, está bien, voy a intentar explicártelo mejor: esta es la Isla de Ethlan, hace un tiempo formaba también parte de Geo... tu mundo, fue una tierra muy rica y próspera, pero sufrió una... maldición, y se la tragaron las aguas del tiempo y el espacio. No se puede decir que sea otro «lugar», porque en realidad no se ha movido, está enterrada bajo las olas. Los únicos que pueden pasar de un lado a otro son los bicronos, y el único con poder para abrir las puertas, soy yo.

—¿Por qué tú?

—Hubo un tiempo que éramos muchos, pero se fueron, no quisieron permanecer en Ethlan cuando se hundió. Los que pudieron irse sencillamente abandonaron la Isla. Yo me quedé porque soy un príncipe y mi pueblo necesita guía.

—Oh...

Estaba segura que había oído a Áncula llamarle «príncipe» antes, pero no había creído que hablara en serio, no es que la mujer pareciera conocer el sentido de la palabra «humor». Aquella

información era desconcertante, sin embargo explicaba la presencia de los soldados.

Resultaba un niño muy simpático para ser un príncipe, se los imaginaba más malcriados.

—Cuando Ethlan cayó, hubo algunas guerras: la Rebelión de los Graneros, la Guerra de los Días... muchas guerras, en realidad, también se lucha por mantener el control de los aionios—continuó Gerón—, está mi pueblo: los anaxes, pilares de la sabiduría y las buenas costumbres de Ethlan. Luego, los ánforos: salvajes que creen que tomando el control de todas las puertas encontrarán la manera de cruzar a Geo, también he oído que quieren abrir mi cabeza para conseguir mis poderes. Son unos ignorantes, sentiría lástima por su desesperación si no estarían continuamente intentando matarnos. Hay otros pueblos, como los daimiones y los bauros, pero no creo que te interesen...

Melia estaba a punto de perder la cuenta de los nombres que oía: los lugares para regresar a casa eran aionios; su mundo, Geo (esta era fácil); aquel sitio, Ethlan; el príncipe, anaxes; los enemigos, ánforos; los que tenían cabeza de toro, bauros; y los daimiones que no sabía aún lo que eran, pero le resultaba un nombre familiar.

Gerón debió notar su concentración porque permaneció en silencio mientras ella luchaba por recordarlo todo.

—Y... ¿qué haces exactamente para poder... eh... viajar?

—Goeteia.

—¿Qué?

—Goeteia, lo que hago, se llama goeteia, es una ciencia sagrada, heredada de ilustres ancestros cuando la Isla nació, hace miles de años.

—¿Se puede aprender?

—No, solo los Ánax bicronos la tienen. No le des tantas vueltas—le cogió la mano y sonrió con dulzura—, estás a salvo con nosotros. No te preocupes por nada. En cuanto vuelva a mi ciudad, lo primero que haré será ordenar que preparen nuestro aionios para que cruces. Es un sitio precioso, en medio de un parque con rosas de mil colores, hierbas aromáticas y fuentes de agua cristalina, se encuentra mi palacio, hecho con raro mármol azul y oro. Te gustará.

No pudo evitar sonreírle también. Al menos era un niño muy agradable, necesitaba palabras de ánimo como el respirar.

Caminaron todo el día por un frondoso y oscuro bosque, entre sendas estrechas y retorcidas, deteniéndose poco tiempo para comer o comprobar la ruta. Melia estaba en forma, pero llegó a encontrarse agotada. Además, las sandalias no servían para mucho, se le llenaron los pies de heridas.

Gerón sugirió medio en broma que uno de sus bauros podía llevarla, quitando a Oijme, era para lo que usaban a los otros dos, para cargar bultos.

Prefirió declinar la invitación.

Según había podido entender de diferentes conversaciones, Oijme era una especie de capitán o sargento; un bauro especial porque era tan inteligente como cualquier humano, aunque no era algo que saltara a la vista mirándole a los ojos. Los otros dos bauros, en cambio, tenían una inteligencia semejante a la de sus parientes de cuatro patas: antes de que pararan para pasar la noche, un soldado tuvo que ir a buscar a un bauro distraído incapaz de volver con ellos por sus propios medios.

A Melia le costó adaptarse a las criaturas. Encontraba su extraño aspecto antropomorfo inquietante, sus voces eran lentas y cavernosas y, además, Oijme al hablar sonaba tan cálido y amable como Áncula. Lo evitaba como una plaga.

Al hacerse de noche, intentó ayudar a los soldados a levantar el campamento, pero la miraron de forma extraña.

—Déjales, es su trabajo—le dijo Gerón—, ellos se entienden, si los interrumpes y se retrasan, Áncula se enfadará.

Melia obedeció y se sentó en su sitio sin hacer nada. Podía entender que fuera su trabajo, lo que no terminaba de comprender es que no le dirigieran la palabra ni una vez. Tampoco Gerón les hablaba, se dio cuenta que el niño ni les miraba la mayor parte del tiempo.

Pensó en preguntar a Gerón qué significaba aquello, pero le resultaba incómodo; sospechó que algunas cosas iba a ser más prudente que las aprendiera observando que preguntando al niño.

Le gustaba el pequeñín, pero había algo raro en la forma en la que trataba a los demás.

El lugar de acampada la segunda noche estaba cubierto de estatuas talladas en roca. En realidad, todo el camino había estado cubierto de viejas ruinas: torres caídas, escaleras de piedra cubiertas de musgo, esquinas de edificios asomando entre los árboles... y estatuas.

Le recordaban a las esculturas romanas que había visto en libros, pero no eran tan realistas,

sino más estilizadas y angulosas, con narices imponentes y muy rectas, y ojos enormes. Unas pocas aún tenían pupilas de roca negra, que la gente debía ser aficionada a robar, porque solo quedaban en las tallas más inaccesibles. Al principio las encontró ridículas, a la luz y el calor del día, pero al fuego de la hoguera aquellas pupilas redondas, grandes y negras se clavaban en su cabeza, como si estuvieran intentando decir algo a través del tiempo.

Ver todas las estatuas de ese rincón del bosque en su tiempo de gloria, con todos aquellos grandes ojos negros mirando inertes a ninguna parte, debió haber sido sobrecogedor.

Melia tenía la impresión de que aquel mundo se estaba muriendo, había llegado y, en apenas un día, solo encontraba conflictos y decadencia, quería salir de allí antes de que acabara del todo con ella aún en su interior.

El viaje continuó al día siguiente, y durante varios días más, de forma idéntica a sus predecesores. Cruzaban áreas de bosque muy frondoso y terreno accidentado, al marchar procuraban mantener siempre silencio, o un tono muy bajo de voz, solo Áncula y Oijme tenían derecho a gritar.

La tensa quietud se relajaba un poco al montarse los campamentos, colocados en lugares protegidos entre viejas ruinas cubiertas de verdín, entonces, y solo entonces, podía oír a la gente hablar, reírse y bromear, incluso escuchaban música durante algunos minutos.

Melia aprendió a ignorar la indiferencia de los soldados y los soldados atendían a sus deberes. Estudió todo lo que ocurría a su alrededor con curiosidad y ávido interés fruto de la ansiedad por conocer mejor aquel nuevo lugar, en ocasiones le hacía preguntas a Gerón, el chico siempre estaba dispuesto a contestar.

Otras muchas veces, sin embargo, prefería limitarse a escuchar lo que otros hablaban entre ellos. No se entendería con los soldados, ni con Áncula, ni con Oijme, pero eso no quería decir que no debiera prestarles atención.

Sacó algunas conclusiones algo diferentes a las tranquilas afirmaciones que le había dado el simpático Gerón, sobre todo respecto a que no tenía razón alguna para estar tranquila, aquel viaje por tierras enemigas había sido un suicidio y solo al niño le daba igual.

«Eso pasa por hacer caso a criaturitas. Por muy príncipes que sean no deberían poder mandar tanto» pensó.

Y un día, cuando Melia calculó que llevaba al menos una semana allí, les atacaron.

Era casi de noche y la vanguardia levantaba ya el campamento, mientras el resto del grupo les alcanzaba. Melia buscó un sitio donde sentarse y descansar, mientras los demás trabajaban, cuando oyó gritos y algo parecido a bocinas largas y nasales. Eran cuernos.

Los soldados del campamento dejaron lo que estaban haciendo y dieron media vuelta, estaban atacando la retaguardia.

Melia se puso en pie, asustada. Miró a su alrededor buscando un sitio por donde escapar. No quería terminar atrapada en medio de una batalla.

Entonces, alguien le sujetó de la mano.

—No te preocupes—dijo Gerón—, Áncula se encarga. Tranquila.

El niño había sido muy amable con ella, pero en aquel momento sintió unos terribles deseos de gritarle y mandarle a hacer puñetas.

Para su alivio, no pasó mucho tiempo hasta que los soldados regresaron de nuevo. Llevaban compañeros heridos, o algo peor, los depositaron con cuidado sobre mantas, mientras el resto de los que iban llegando continuaban en las labores de levantar el campamento, como si tal cosa.



—¿Ves?—Gerón hizo un gesto con la mano libre—, todo en orden.

Aquel crío la estaba tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Y... los heridos?

—Los soldados se encargarán.

Volvió a oír un alboroto, pero menos alarmante. Oijme regresaba tirando de un bulto cubierto de polvo y sujeto por una soga. Los soldados le gritaban cosas.

—Oh, un prisionero...—comentó el niño desapasionadamente, soltando su mano y acercándose a observar al detenido.

Melia prefirió quedarse en la distancia; estaba segura que aquello no le iba a gustar.

Oía perfectamente a Oijme gritando preguntas, el resto del bosque también. A continuación no entendía mucho, pero por los golpes y los «ungff» que salían del pobre prisionero, las respuestas no le estaban gustando nada al bauro.

Llegó un momento que no pudo aguantar más, se acercó a Gerón, esperando que él la ayudara, pues no se atrevía a dirigirle la palabra a Oijme.

—¿Puedes decirles que paren? Diles que paren, por favor.

El niño parecía casi entretenido con el espectáculo.

—¿Qué?, ¿por qué?

—Le están torturando.

La miró con incomprensión un momento, entonces se dio cuenta.

—Oh, no te preocupes, no son más que unas bofetadas, pero les diré que paren si quieres...

Sonrió, quizá esperando un agradecimiento por su interés, pero Melia solo pudo retorcerse las manos con nerviosismo.

Gerón se acercó a Áncula y ésta, tras mirar mal tanto al chico como a ella, le dio algunas órdenes al bauro y se detuvo.

El gigantesco hombre-animal se apartó un momento y pudo ver mejor al prisionero.

Relativamente.

Lo debían haber rebozado bien contra el suelo, pues estaba cubierto de polvo y tierra, tenía una gran melena suelta y completamente caótica, de un color imposible de descifrar por la suciedad, y de la que apenas pudo distinguir asomando una nariz, tan absolutamente delgada, recta y afilada como la de las estatuas.

Oijme recogió la soga y volvió a llevarle a rastras hasta un árbol, donde lo dejó amarrado.

—Ya está—dijo Gerón con satisfacción al volver junto a ella—, ahora tengo hambre, ¿cenamos?

A lo largo de la velada. Melia volvió varias veces la cabeza hacia el prisionero, tenía la impresión de que la estaba vigilando.

—¿No le vais a dar de comer?

—Creo que Áncula prefiere esperar hasta que diga algo.

—¿Y si no dice nada?

—No come.

—¿Qué tiene que decir?

—Quien es su jefe, pero es un soldado de fortuna, lo más seguro es que no tenga ni idea.

—...así que, si sabéis que no sabe nada... ¿por qué le torturáis?

—Solo le vamos a dejar sin comer un poco, igual se le ocurre algo interesante que decir, a todos se les ocurre.

—¿«A todos»?

Empezó a sentirse asqueada por aquella conversación, Gerón se dio cuenta que había dicho algo inapropiado.

—Es lo que me dice Áncula—respondió con cierta preocupación—, ¿está mal?

—Sí, está mal—afirmó Melia categóricamente.

A veces, se olvidaba que hablaba con un niño.

Pasó la noche dándole vueltas; por la mañana decidió que prefería enfrentarse un poco a la paciencia de Áncula que aguantar la mala conciencia de no haber hecho nada.

Desayunó rápido. Era una especie de caldo con semillas, no tenía mucho sabor a nada, pero espabilaba bastante. Cogió otro cuenco con comida y se incorporó con prudencia. Miró a su alrededor, sintiéndose observada.

Seis hombres formaban parte del ataque sorpresa , solo aquel había sobrevivido. En el último momento, el miedo la hizo dudar, pero ya se había acercado demasiado para dar la vuelta.

El prisionero no parecía estar sufriendo especialmente en aquel instante. Si no fuera por las manos separadas y atadas al tronco del árbol, daría la impresión de que se hubiera sentado a pasar el rato. Tenía una pierna recogida y miraba distraído la copa del árbol.

Se sentó junto a él, esperando que se diera cuenta que estaba allí.

—Umm, te he traído algo para... desayunar.

El prisionero movió la cabeza con lentitud, a través del pelo enmarañado pudo ver por fin un par de ojos oscuros y afilados como agujas, estaba tenso y Melia decidió que aquello no había sido tan buena idea como creía.

—¿Qué haces aquí?

Dio un respingo.

—Tra... traigo algo para comer...

El tipo movió la cabeza hacia un lado y quedó en silencio un rato eterno.

—Ya veo... eres una criaturita ridícula... ¿vas a darme de beber o vas a seguir temblando hasta que se derrame todo?

Intentó ponerle el cuenco en los labios. Temblaba como una hoja, era milagroso que no se le hubiera caído la mitad. Cuando terminó de beber, el tipo se veía más relajado.

—Te llamas Melia.

—Ss... sí... ¿cómo...?

—Los imbéciles de las falditas hablan ¿sabes?

Ignoró el comentario y bajó la vista. El prisionero llevaba pantalones y no se había dado cuenta. Así que, en alguna parte de aquella isla arcaica, alguien había inventado los pantalones.

Era la mejor noticia que había recibido en una semana.

—Y...eh, ¿tú cómo te llamas?

—UrsHadiic.

—¿Eh?

—Urrrs... Haaaaaadiic.

—¿Usssadic?

—Casi.

—¿Qué es ese sonido tan horrible?

Melia se encogió al oír la voz fría de Áncula. Miró hacia lo alto, no se había dado cuenta que la mujer estaba junto a ellos.

—Es mi nombre—respondió el prisionero con un claro tono de desafío.

Por el momento la comandante la ignoraba a ella, solo miraba al prisionero.

—Vamos a ver, si digamos que me apetece cruzar el paso de Dendron, ¿crees que me encontraré con alguna sorpresa?

—¿Aparte de tu propia estupidez?

Aquello hizo que el prisionero se ganara un golpe en la cabeza con un largo bastón de punta metálica que la mujer blandía.

Asustada, Melia se encogió y fue retrocediendo poco a poco.

—¿Qué tal si te pongo a ti andando el primero?, ¿te apetece que hagamos la prueba?

—Muy bien, ¡hazlo!, con un poco de suerte habré conseguido correr hacia el otro lado antes que esos asnos que llamas soldados pasen.

—¡Te arrancaré las jodidas piernas!

—Entonces, si hay una emboscada, los ánforos se preguntarán por qué la comandante Áncula lleva a un tipo sin piernas con ella y supondrán que has perdido la cabeza del todo y saldrán huyendo. ¡Es un plan brillante!

Aquello le ganó directamente una patada en la frente. El sonido de la cabeza al rebotar contra la madera hizo que Melia se estremeciera y saliera corriendo. Se acercó a Gerón y volvió a pedirle que interviniera, pero el niño se encogió de hombros.

—No le van a hacer nada irremediable, creo que quieren usarlo de rehén para no sé qué cosa.

Solo van a asustarlo un poco. Además, mira en el exterior del campamento.

Melia lo hizo. Había dos cuerpos cubiertos con sábanas y otros tres soldados que no parecían iban a poder moverse mucho, nunca.

—Él y sus compañeros hicieron eso, no me apetece tenerle mucha compasión.

—¿Qué va a pasar con los heridos?

—Se quedarán aquí.

—¿Qué?

—Retrasarían la marcha, Áncula prefiere que se queden. Que los que puedan moverse ayuden a los demás. Siendo un grupo pequeño podrán esconderse en los bosques con más facilidad.

—¿No necesitan un médico?

El niño volvió a encogerse de hombros.

Melia estaba horrorizada. Tenía la cabeza llena de todas las cosas que le habían enseñado sobre la dignidad, los Derechos Humanos y la compasión. Pero no sabía cómo hacerse entender a aquella gente sin sonarles como una loca, estaba segura que en aquellas circunstancias sus palabras les sonarían huecas.



Frustrada, se sentó y se puso a razonar para sí de forma descontrolada lo que no era capaz de decir en voz alta.

Quería irse a su casa.

Cuando Áncula dio la orden de ponerse en marcha, Melia pudo ver cómo los heridos fueron los primeros en desaparecer de allí, posiblemente esperando que el grupo grande tapara sus huellas un tiempo. Para variar no se había podido acercar a ellos y, de todas formas, el resto de sus compañeros sabían cómo atenderles. El nivel de organización del pequeño ejército era muy alto.

El silencio y las precauciones fueron extremadas en los días siguientes, el ataque les había hecho más conscientes de que estaban en un territorio hostil, los soldados se mostraban tensos.

Aunque no conocía sus nombres, había empezado a reconocer a algunos por su forma de actuar y comportarse. La mayoría eran hombres mayores, de entre treinta o cuarenta años, pero había descubierto que le costaba mucho darles una edad, nunca había sido buena calculando los años de otra gente y, en aquella isla perdida en particular, parecía ser especialmente indefinible. Aquellos ojos viejos y cansados no eran únicos en Áncula, muchos otros soldados también los tenían.

Uno de sus favoritos era un chico muy joven y muy delgado, con un bigote inmenso que tenía la sospecha se dejaba para parecer más adulto, eso no evitaba que fuera el blanco de bastantes bromas por parte de sus compañeros mayores. También era el que tenía que salir corriendo a buscar a los bauros cuando se despistaban.

En el grupo había también tres mujeres aparte de Áncula, una parecía ser la responsable de los bauros o, al menos, la que se encargaba de llevar el orden de los bultos que cargaban y descargaban. Otra era más bien gris y poco interesante, estaba convencida que ella y un tipo que llevaba su falda un poco más alta que el resto (mostrando unos muslos increíblemente peludos) eran pareja, pero ninguno hacía nada especialmente llamativo, así que tampoco se fijaba demasiado en ellos (exceptuando los muslos peludos). La última mujer era un poco más joven y bastante guapa, tocaba una flauta curvada, que Melia no había visto nunca y tenía un sonido muy dulce. Antes de ir a dormir, ella y dos tipos que tocaban el tambor y una flauta de madera más sencilla, dedicaban a todo el campamento una bonita serenata.

Melia llegó a perder la cuenta de las veces que consiguió conciliar el sueño gracias al sonido de aquella flauta.

Precisamente esa noche, mientras tocaban, volvió a darse cuenta que el prisionero parecía estar vigilándola. Se lo comentó a Gerón pero al niño le hizo gracia.

—Esa gente son como perros, les das un poquito de comer y empiezan a perseguirte. No le hagas mucho caso, es un salvaje, aguantará bien sin comer ni beber un tiempo.

—¿Nadie le ha dado de beber?, ¿en todo el día?

—No.

La temperatura había sido constantemente calurosa desde que estaba allí, no asfixiante, pero no entendía que se pudiera aguantar sin agua tras aquellas caminatas. Ni un perro hubiera aguantado.

Ignorando los comentarios del niño, se acercó con una jarra de agua y un plato con el extraño puré de algo que no eran patatas y dos trocitos de carne. La carne era muy codiciada así que tuvo que esconderla debajo del puré.

—Um... te he traído... algo.

Bien atado al árbol, aquel tipo aún la asustaba. No iba a ser tan ingenua como para no creer que podía ser peligroso, pero, por otro lado, tampoco podía no intentar ayudarle.

En aquella parte del campamento estaba oscuro, seguía bastante sucio y su pelo, que sospechaba era castaño en gran parte, continuaba hecho un caos, así que no le veía bien la cara. Eso era algo bueno.

—¿Te envía el imbécil de Gerón o su perra guardián?

—No me envía nadie.

—Oh, ¿me estás diciendo que puedes hacer cosas tú solita? Qué sorpresa.

—Muy bien, parece que es verdad que no necesitas beber.

Cogió la jarra y el plato y se puso en pie.

—No, no, espera, espera... Era una broma. Siéntate, por favor.

—Oh, ¿sabes decir «por favor»? Qué sorpresa.

Se sentó de nuevo y le puso el agua en los labios. Disimulando el tembleque.

El concepto de «ataque o huída» tuvo por fin sentido: había estado a punto de salir huyendo o de darle con la jarra en la cabeza. Su entrenador se hubiera sentido orgulloso de ella, le encantaba sacar aquellas ideas en los momentos más inoportunos, recordó que una vez intentó explicar

el libro de «El Arte de la Guerra» en el baloncesto a un montón de críos de 10 años.

El prisionero dejó de beber y ella suspiró.

Ya empezaba a echar de menos hasta a su viejo entrenador. Estaba a un paso de la depresión profunda, ¿verdad?

—¿No hay carne?

—¿Eh?

El prisionero señalaba el plato de puré con su augusta nariz.

—Sí, pero la racionalizan, la he tenido que traer a escondidas.

Apartó el puré con el tenedor de madera y le enseñó los minúsculos trozos. No parecía impresionado y Melia estaba tentada de volverse a poner en pie.

Aunque solo fuera por jorobar aquella vez.

—¿Llevas mucho tiempo con esta gente?— preguntó él.

¿Cómo sabía...?, o mejor, ¿qué le importaba? Le miró un poco confundida, pero no podía verle los ojos ni imaginarse qué pensaba.

—No... Alrededor de una semana... creo...

—¿Vienes de lejos?

Suspiró.

—Muy lejos.

Se quedó callado mientras le daba de comer. Estaba segura que intentaría tragarse el tenedor si le dejaba, estaba realmente hambriento.

Cuando terminó, recogió las cosas y fue a ponerse en pie, pero el prisionero le hizo un gesto con la cabeza para que esperara.

—¿Recuerdas cómo me llamo?

—Sí, UrssssJadic.

—Cada día lo haces mejor—la sorna era tan fuerte que hubiera podido tumbar un bauro—. Escúchame, si llega a pasar algo, pégate a mí. Olvídate de Gerón y de Áncula, quédate cerca de mí.

Melia parpadeó.

—¿Por qué?, ¿es que va a pasar algo?

—Claro que va a pasar algo.

—¿Cuándo?

Vio una larga fila de dientes blancos a la luz del fuego.

—¿En serio crees que voy a decírtelo?

Melia sintió un escalofrío y se puso en pie.

—No, claro, supongo que no.

Se alejó, consternada. ¿Debería hablar de aquello a Áncula?

No, posiblemente no importaba. Estaban en territorio enemigo y Áncula ya debía saber que acabaría ocurriendo un ataque tarde o temprano. Lo que la comandante querría saber era el momento y la manera.

Al acostarse, cuando todo ya estaba en silencio y en la hoguera solo quedaban ascuas, se dio un momento la vuelta para mirar a UrsHadiic, y dos pares de pupilas, brillantes como las de un gato reflejando la parca luz, le devolvieron la mirada. Se frotó los ojos y se reclinó un poco, las pupilas desaparecieron e imaginó que habría sido una ilusión.

## **Edición parcial y gratuita:**

**Atención:** Esta edición gratuita se encuentra bajo una Licencia Creative Commons

[Atribución-NoComercial-SinDerivadas](#)



- Puedes comprar una copia del libro en Fantasía y Aventura:

<http://www.fantasiayaventura.com>

- Blog: <http://www.ayrtha.com/velanima>